

Small white label on the left edge of the book cover.

R. 12.195

ANTHONY LUCAS

U. GONZALEZ



10/12/20

A

~~Foll. 395-6~~

BIBLIOTECA DE AUTORES GALLEGOS

ENTRE LUCES

— — — — —
CUENTOS

POR

URBANO GONZÁLEZ YARELA

— — — — —
SANTIAGO

—
1900



~~D-15455.~~

R. 12. 195

n. 23865

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE SANTIAGO



00240328

ENTRE LUCES



USC

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO
DE CHILE

R.60.251

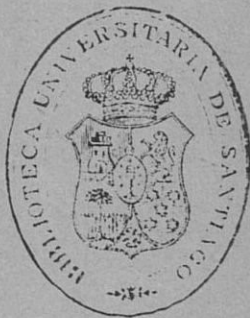
BIBLIOTECA DE AUTORES GALLEGOS

ENTRE LUCES

CUENTOS

POR

URBANO GONZÁLEZ YARELA



SANTIAGO

Escuela Tipográfica Municipal

—
1900

A mi madre,

URBANO



APELES

Fué una historia muy triste de amor la de mi pobre Apeles.

Era mi personaje, digo, mi pajarraco, el más despelurciado gorrioncillo de la barriada. Su raro pelaje, mal zurcido de plumas pardas y de enredadas greñas, con cualquier cosa podría compararse menos con la brillante y sedosa vestidura de un ave.

¿Quién ha visto nunca guiñapo de bohemio, capa de pobre ó pingajo de trapera por el estilo?

Hubiérase dicho que las plumas nacían en él como desperdicios de ropa muy gastada, á través

de cuyos desgarrones se asomaban alopécicas manchas de una carne palpitadora y rosada como la de un ángel.

¿Y quién dice á ustedes que todo lo que envolvía este pellejo y cubrían estos pingajos era el vivo latir de un gran corazón?

Apeles, pobre, más pobre que las arañas, porque al fin éstas explotan una industria tejiendo redes, y él sólo acertaba á tejerse desventuras; él, olvidado de la buena suerte como los maldecidos, era una *criatura* vehemente de pasiones, limpia, de generosa nobleza y pura de sentimientos.

Ya lo he dicho. Apeles era un gran corazón.

Repugnaba á sus instintos, acaso por entender que esto bastardeaba su condición, la idea de alimentarse picoteando un solo gusanillo; y ni el de su estómago se atrevería á matar, por puntadas que le diera el hambre, si para ello se le exigía que disputase un solo grano á cualquier colega de su bandada. Sus armas se empeñarían siempre en causas más nobles. Tal era su divisa.

Es lo cierto que una mañana, de infausto recuerdo para la historia de mi héroe, dióse su corazón á locos enamoramientos: ¡cómo si fuese

lícito al que nació para desdichado andar metiendo el hocico en olla donde se cuecen dichas!

Y es lo cierto también que el amor volvióle el seso, y que por primera vez en su vida sintió en aquella especie de almita que Dios le diera, algo así como el pinchazo de un dolor muy grande que contrajo sus carnes y le hizo temblar.

Es que la vergüenza le había insultado llamándole feo y descubriendo su miseria. Es que el rubor le pedía cuentas por no tener trapos mejores con que cautivar á la amada gorriona de sus pensamientos.

Pero como el amor es ciego, y entiende que para querer bien y ser querido bastan y sobran galas del corazón, ciego de cariño se volvió también el pobre Apeles, y sucedió lo que al fin y al cabo tenía que suceder.

Llamó el gorrioncillo á la de su amada como ciego que llama á puerta desconocida. Pidió limosna de amor y le socorrieron con risotadas de burla.

El piar de aquellas carcajadas hizo manar hieles de su corazón; y en vano procuraba ocultar la vergüenza entre el plumaje de sus flacas alitas y los ráidos algodones de su pecho. Cuanto más adentro penetraba, tanto más el instinto

le hacía ver encendida su sangre en los resquemores de la ira y su pensamiento en las tristezas del desengaño.

Y entre tanto, ¡con qué aire de linajudo petimetre y de vencedor altivo erguía su linda cabezita el otro gorrión, el rival de Apeles, para quien eran el favor y los amores de la dulce adorada!

El drama comenzaba á desarrollarse.

No sé si también Apeles irguió su cabeza y si al levantarla chocaron sus ojos, brillantes como puñales, con los de su rival.

Ello es que por la claraboya de mi estudio ví resbalar dos cuerpecitos que reñían á picotazos, arrollándose con el furioso batir de sus alas.

Abrí la puerta del estudio y sobre la fina arena del jardín ví caer el cuerpo de Apeles.

Una de sus alas se había roto y de la herida brotaban hirvientes gotitas de sangre.

Fué mi compañero durante un par de meses. Su temperamento era el de un verdadero artista; su vida la de un verdadero enclaustrado por el arte.

Tenía mi estudio por convento; por celda la caja de una guitarra. Dentro de aquella guitarra, á la que sólo quedaban dos bordones, dedicábase el pobre Apeles á sus ejercicios de meditaci6n; y cada vez que entraba ó salía de la sonora caja, arrancaba á las cuerdas notas de amarga melancolía.

¡Llegué á encariñarme con aquel diablillo de poeta!

Pero sucedió que una tarde, hecha de propio intento por el sol para amorosos idilios; una tarde suave y blanca como las hojas de terciopelo de los jazmines, apareció en lo alto de la claraboya una alada pareja.

¿Sería la de mi historia?

¿Vendría á despertar en Apeles insensatas pasiones y celos de muerte?

No puedo decirlo.

Cuando Apeles la vió, sus ojos se velaron en un espasmo de agonía; abrió el pico desmesuradamente, y cayendo al pie del caballete en que yo pintaba, dobló hacia atrás la triste cabecita, como si sobre ella pesara toda una eternidad de dolor.

LA LOTERÍA DEL DIABLO

La vieja se acomodó en un banco de la cocina, junto al hogar.

Tenía la cara arrugadita y seca como una hoja de otoño; sobre su frente, llena de surcos, y bajo los pliegues de su enorme pañuelo de algodón asomaban los rizos de su cabello, blancos y enmarañados como un copo de lino.

La luz del candil oscilaba al soplo del aire que bajaba de la chimenea, y con este oscilar de la luz parecía que el cuervo de la tradición, encaramado sobre los hombros de la vieja para contarle al oído cuentos de hechicerías, daba gigantescos aletazos de luz y sombra.

Al rededor de la vieja, y mientras el caldo de la cena se iba calentando, fueron acomodándose también el rapaz, de carrillos rojos como los de un angelote de retablo; la moza de la casa, con sus ojazos azules de pasmado y cándido mirar; el enorme zangallón, de veinte años, duro como el tronco de un roble; la hacendosa madre; el viejo de nevadas greñas...

—¡Frío como el de hoy!...—dijo la moza extendiendo las manos hacia el fuego; quedáronseme helados los pies allá en el prado.

—Frío de Diciembre, frío de muerte—contestó el viejo á manera de sentencia.

—Para los pobres no debía haber invierno—dijo á su vez la madre.—Y me parece que como no nos toque una lotería...

—No hables de lotería—exclamó la vieja.—La lotería es un arte del diablo. ¿No sabes lo que le pasó con la lotería al tío *Remiendos*?

—No me acuerdo.

—Cuéntelo V., abuela,—dijo el rapaz abriendo mucho los ojos.

—Pues una vez... un día de invierno tan frío como el de hoy, el tío *Remiendos* y su mujer se encontraron con que no tenían que llevar á la boca. El monte y el prado estaban cubiertos de

nieve; las berzas y las patatas se les habían concluido, y la ternera se les moría de hambre si no le daban á comer la paja del jergón en donde dormía el pobre matrimonio.

Desesperado el tío *Remiendos*, se abrazó llorando á la ternera, que era su único tesoro, y la llevó á vender á la villa. Pero no bien había salido de su casa cuando el fogonazo de un relámpago lo dejó quieto en medio del camino. De pronto se le apareció el demonio.

—¿Quieres ser rico?—le dijo.

—Sí—contestó el tío *Remiendos*.

—Pues yo te haré poderoso; pero tienes que ser mío.

—Con alma y vida.

—Bien. Vete á la villa, y el dinero que te den por la ternera juégalo todo á la lotería de Navidad.

El tío *Remiendos* así lo hizo, y cuando volvió á su casa, en vez de darle á su mujer el importe de la ternera le entregó dos décimos de un billete de lotería.

—Ha sido una corazonada—le dijo ocultándole su trato con el demonio.—Mañana se juega, y si nos toca, ya no tendremos hambre ni frío en toda la vida.

La pobre mujer, aterrada con la locura que acababa de hacer su marido, se echó á llorar.

—Mira—exclamó él procurando consolarla; —tengo la seguridad de que ha de tocarnos; mañana voy á la villa, cobro el premio, y cuando vuelva ya lo verás—no volveré á pie y descalzo como los pobres: volveré abrigado, y en coche, como los ricos; te lo prometo; te lo juro!

El tío *Remiendos* decía esto con tal fe, con tal acento de seguridad, que la infeliz mujer empezó á tener esperanzas.

Al día siguiente marchó, en efecto, á la villa, y al despedirse de su mujer repitió:

—Volveré en coche. ¡Te lo juro!

—¿En coche?—dijo ella asombrada.

—En coche,—respondió él cerrando tras de sí la puerta.

Todo el día pasó la mujer llena de inquietud.

Durante aquellas eternas horas su vista no se apartó del camino por donde había de volver su marido.

¡Qué angustia! ¡Qué pesadilla tan horrible!

Cuando ya anochecía, vió aparecer allá, en lo alto de la carretera, un carruaje.

—¡Es él!—gritó transfigurada de alegría,—él, que al fin pudo venir en coche.—Somos ricos,

—decía saltando como una loca.— ¡Nos tocó la lotería!

El coche se detuvo poco después delante de su casa. Abrió ella la portezuela para abrazar al tío *Remiendos* y se encontró á éste inmóvil, desencajado, pálido como un muerto.

La lotería no le había tocado; y aturdido, al salir de la administración, no vió que le atropellaba, rompiéndole una pierna, el mismo coche que después le llevó á su casa.

Mientras se calentaba el caldo y la vieja contaba el cuento, los mofetudos pucheros de la cocina, puestos boca abajo sobre la tabla del alfo vasar, dibujaban en sus vidriados carrillos una sonrisa burlona, inspirada sin duda por el diablo

ENTRE LUCES

No; no mandes encender la luz. Estamos así mejor. Aun entra alguna claridad por las ventanas abiertas. Además, nos alumbra la brasa de tu cigarro; ¿ves? cuando se aviva parece un relampaguito rojo, un gnomo con caperuza. encarnada que aparece y desaparece por encanto. ¡Qué bien se está así! Mira: acércate más y cuéntame un cuento: pero un cuento inventado ahora mismo, improvisado para mí: un cuento de amor.

—¿Y qué me das por él?

—Lo que quieras: un apretujón de manos.

—¡Qué poco!

—¿Poco? Pues no doy más. Si te conviene el precio.....

—¡Avara! Dime entonces que me quieres mucho.

—Venga el cuento.

—Allá en lo alto de una montaña...

—¿Había un castillo?

—Tú lo dijiste. Un castillo en el que habitaba un conde con su hija. Y un bosque en el que graznaban los cuervos y susurraba el aire.

—¡Qué bonito!

—¿Te gusta? Pues no sigo si no me pagas adelantado.

—El apretujón nada más.

—Y al final un abrazo.

—Si el cuento lo merece. Sigue, que la cosa me va interesando.

—El conde era viejo, pálido, tenía la barba blanca, parecía un evangelista escapado de una vidriera gótica.

La hija se llamaba Nira. Sus ojos eran dos redondelitos de cielo; sus labios una manchita de sangre. Nira estaba tan delgada que se la llevaba el viento.

Un día el conde llamó á su hija. El se sentó en su sillón de roble, y ella permaneció en pie,

la vista fija en el suelo, la escarcela de oro entre sus manos.

—Tienes que decidir—le dijo.—Mi muerte se aproxima y no quiero dejarte sola en el mundo. ¿Te casas con Uhland, el caballero de la fortuna, ó con Nior, que ostenta seis dragones en su escudo, ó con Renando, el cazador valiente?

—Padre—contestó ella—sólo amo al poeta Lahon.

—¡Si no sabe más que cantar!...

—Es lo bastante para hacerme feliz.

Lahon y Nira se casaron.

Los cantos del poeta inundaron de armonías los solitarios salones del castillo.

Nira murió de felicidad.

Y es fama que desde entonces ya no graznan los cuervos en el bosque.

El viento repite entre las hojas los versos inmortales de Lahon.

EL SARGENTO MORLA

Mientras iba anocheciendo, preservados del rocío por las enormes hojas de parra que coronaban el portalón de la casa de campo, y sentados en torno de un cañoncito que como centinela de honor guardaba la entrada, el tema de nuestra conversación andaba al rededor de «la suerte».

Se había hablado de fatalismos, de casualidades, de adivinaciones, de malos hados, se barajó el libro del destino; se refirieron cuentos, anécdotas, sucedidos; se dijeron cosas estupidas.

El cielo fué quedando muy oscuro; el bosque dejó envolver sus líneas en el cielo; los euca-

liptus llegaron á parecer fantasmones gigantes por entre cuyos brazos asomaba á veces el oscilante brillo de alguna estrella..... y nosotros nos recogimos para cenar en el comedor, donde ya la mesa estaba puesta, la lámpara encendida, y esperándonos, como de costumbre, el fajo de periódicos del día, acabadito de llegar.

Se desató el paquete, nos pusimos á leer en tanto no llegaba la cena; el general desdobló su periódico, y apenas lo había corrido con un vistazo cuando exclamó de pronto:

—¡Vean, vean ustedes que coincidencia! Ya tenemos una nueva opinión en esta revista. También aquí se habla de lo que es la suerte. Oigamos lo que dice el articulista porque la opinión es autorizada.

Todos prestamos atención á su lectura.

También el escritor veía en cada paso, en cada forma de la vida, las huellas profundísimas del destino. El sentenciado á recibir un balazo de la guerra, una caricia de la fortuna, un latigazo de la peste, un beso de la felicidad, todos llevaban impresas en las celdillas invisibles de la frente la inapelable escritura de su sentencia

—¿De modo que V. sigue creyendo en eso?—
le pregunté.

El general plegó los ojos con una sonrisa llena de expresión, acarició la perilla, una perilla más blanca y suave que el *pompón* de su antiguo ros de oficial, y dijo:

—Escuchen ustedes un caso que voy á referir, y sirva el cuento de contestación á la pregunta de este caballerito:

«Se había terminado la guerra de los carlistas, y el batallón que yo mandaba entonces fué destinado á Barcelona. Emprendimos la marcha y todo nos hacía prometer que en la ciudad condal se nos recibiría espléndidamente. Además de la cariñosa manifestación con que había de agasajarnos el pueblo, el Capitán general de Cataluña tenía por su parte especial interés en que la entrada resultara un verdadero acontecimiento. Por algo había sido, años atrás, capitán de una de las compañías de mi batallón.

El general salió á recibirnos con todo su Estado mayor, saludò á su antiguo cuerpo con la alegría de quien halla á un amigo del alma tras mucho tiempo de ausencia; se hicieron los honores de ordenanza, y puesto al frente de las tropas, entramos en las calles de Barcelona poco menos que como D. Jaime en las de Valencia.

Pero en medio de aquel entusiasmo, de aquel



ruido de aclamaciones, de aquella algazara de músicas, el general no podía ocultar que algo extraño le preocupaba. La impaciencia le hacía volver muchas veces atrás la cabeza, y no estuvo tranquilo hasta que, conteniendo un poco la marcha de su caballo, me dijo:

—¿Me podrá V. decir si aquel sargento que viene en la primera compañía se llama Morla?

—Efectivamente, mi general, le contesté.

Llegamos al cuartel, se instaló el batallón en su departamento, y á la mañana siguiente el sargento Morla recibió orden de presentarse en el despacho del Capitán general.

El veterano sargento, con sus mostachos grises, su color de maleta vieja y su mirada noblota y franca, era el único que aun formaba parte del batallón desde los tiempos en que el general había tenido el mando de la primera compañía.

Morla era algo así como la encarnación viva de sus memorias de oficial.

—He mandado llamar á usted, le dijo, porque quiero refrescar la memoria con el recuerdo de aquellos tiempos en que éramos *compañeros* de batallón.

—Gracias, mi general, me hace V. E. un honor muy grande.

—Pero hombre, yo creí que ya sería usted hoy lo menos capitán. ¿Cuántos años lleva usted de sargento primero?

—Diez y seis.

—¿Y cómo no trabajó usted por conseguir el ascenso?

—¡Qué quiere V. E.!... El ángel del *sino*...

—¿Cómo?

—Sí, mi general. ¿No sabe V. E. que cuando nace una criatura tiene un ángel á su lado que le marca la ruta? Pues es el del *sino*. Coge al muchacho, le dá un empujoncico por detrás y dice: «¡Ahí va un arzobispo! ¡ahí va un gobernador! ¡ahí va un pobrete! Cuando ha nacido V. E., dijo el ángel: ¡ahí va un capitán general! y cuando yo abrí los ojos: ¡ahí va un sargento primero!» Ya ve V. E. Cada cual tiene su *estrella*; sólo que la mía no es de las que caen en mangas; mientras que la de V. E. ya se ha convertido en entorchado.

Despidióse Morla, y entre pensativo y dudoso quedó diciendo el general:—Ya verá mi buen sargento cómo algunas veces también los hombres podemos meternos á gobernar en eso que él llama el destino de las criaturas.

Sin dudarle un momento más, se acercó á su

bufete, cogió un papel timbrado y escribió al Ministro, encareciendo los méritos, la honradez, la brillante hoja y los años de servicio del veterano para quien pedía un ascenso.

La recomendación era justísima, y á vuelta de correo recibió el general un nombramiento de alférez (capitán de llavines, como entonces les llamaban) á favor de Morla.

Recibirlo, montar en el carruaje y marchar al cuartel para dar verbalmente la noticia al afortunado sargento, fué todo cosa de un instante. ¿Quién podía privarle de aquella íntima satisfacción?

Llegó al cuartel; formóse, para recibirlo, la guardia, que mandó retirar en seguida; preguntó por el sargento al oficial de guardia y éste le respondió:

—Ha pasado al hospital hace media hora.

—¿Enfermo?

—Si, mi general, pero no debe ser cosa de cuidado. Pudo ir solo á pie y apenas se quejó de nada.

El general montó de nuevo en su carruaje y gritó al cochero:

—¡Al Hospital Militar!

A la puerta del hospital le dijeron que efectivamente el sargento acababa de ser admitido.

Subió el general á las dependencias, y cuando iba á entrar en la sala de *clases*, se encaró con un practicante que salía de allí precipitadamente.

—¿Está ahí el sargento Morla?—le preguntó.

—¡Mi general, respondió el practicante saludando militarmente, tenga V. E. la bondad de rogar á Dios por su alma!»

El pobre veterano, que durante la guerra de los carlistas, de tantos *ataques* se había librado, acababa de morir de uno cerebral.

—Ah!—exclamó el general marchando tristemente:—llegó tarde el ascenso..... ¡pícara suerte!..... bien lo decía el ángel: *jahí va un sargento primero!*

THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LIBRARY

THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LIBRARY
100 S. BURNETT AVENUE
LOS ANGELES, CALIF. 90024

EL HADA DEL CONVENTO

RECUERDOS DE PADRÓN

La cinta del río, resbalando en ondulaciones por toda la vega; las casitas del pueblo, acurrucándose en lo más hondo del valle, extendidas á lo largo de las riberas como rebaño sediento, las huertas, con sus esmaltes de limoneros, sus parrales dorados y sus muros cubiertos de retama, todo lo veíamos desde allá arriba, á través de los altos pinares del monte.

La tardeera callada, solitaria como una ruina.

Nosotros también guardábamos silencio. Parecíanos una profanación turbar con nuestras voces el rezo solemne de los pinares.

Una vieja que oraba ante el peñasco desde donde predicó el Apóstol, se levantó y vino hacia nosotros.

La enorme carga de inviernos que envolvía entre sus andrajos, le hacía andar perezosamente. Semejaba la evocación de una edad muerta, pugnando por alcanzar, sin conseguirlo, el paso de los siglos.

—Santas y buenas tardes nos dé Dios,—dijo al acercarse.

—Santas y buenas,—le respondimos.

—Parece que no amaina eso de la guerra: muy encarnado tenemos hoy al cielo,—volvió á decir, con el deseo de entablar conversación.

—Así parece.

—Mientras Dios no ponga mano en ello...

—Dios la ponga en todo.

—Así sea; y quiera El que sea para la paz. Un milagro como el que aquí hizo es lo que ahora se necesitaba.

—¿Un milagro?

—Y grande, como El solo puede hacerlos.

—¿Y como fué eso?—le preguntamos, ante la sabrosa perspectiva de una tradición.

—Ello fué hace mucho tiempo; que sé yo! Con decir que yo no lo acuerdo.... Había guerras por aquí; guerras tremendas. Los hombres, como siempre, se mataban por nada. ¿Ven ustedes el río? Ahora corre teñido de rojo por el sol: entonces lo manchaba de rojo la sangre. Donde hoy está el convento de frailes no había por aquel tiempo más que un peñascal enorme en el que murieron á ballestazos muchos valientes.

Pues una mañana, todas las mujeres de Iria cogieron en brazos á sus hijos, y bendijeron ramos de oliva y subieron hasta las gradas de esa cruz donde yo rezaba hace un momento. Y allí pidieron al Apóstol por la paz de los hombres. Al nacer de la noche, cuando todo se hallaba en un silencio muy hondo, gentes de Iria Flavia vieron un reflejo de luz muy viva hacia esta parte; vinieron con el temor de que fuesen resplandores de guerra, y hallaron en ese mismo sitio, donde está enclavado el convento, una divina aparición. Un ángel vestido de blanco, que ostentaba una cruz roja entre los pliegues de la túnica, posaba sobre el pecho una palma y ex-

tendía en el aire sus alas de paz, como amparando al pueblo bajo su éjida divina.

Desde entonces reina la paz entre nosotros; los hombres no volvieron á matarse unos á otros.....

*
Mientras la vieja contaba su tradición, el sol había ido escondiendo su fantástica aureola de grana en el horizonte. Los últimos reflejos, palidificados por el disco de la luna que empezaba á brillar, ya no infundían en el ánimo de aquella ruina de huesos augurios de guerra.

Miramos al convento, y sus severas torres, envueltas en una brumosa luz de plata, nos parecieron las blancas alas del ángel de la paz.

EN EL FORTÍN

I

Tienen su fisonomía especial las casas de la Habana.

La de Lencha, como llamábamos sus íntimos á doña Lorenza Lorenzo de Lorenzana, era de planta baja, tenía cuatro grandes rejas pintadas de negro y oro, y hallábase coronada por una crestería de piedra calada que servía de antepecho á la azotea, en la cual campeaban jarrones de mármol cubiertos de enredaderas.

La puerta era colosal. Clavos de bronce, brillantes como el oro, sujetaban sus maderas.

Una de sus hojas estaba siempre abierta. Detrás de ella un viejo muy negro, vestido de dril muy blanco, hacía cigarrillos sentado en un taburete de cuero y servía de portero á la casa.

El zaguán era espacioso y largo. A la derecha, según se entraba, veíase un quitrín, cuyos brazos descansaban en un caballete barnizado. Aquel quitrín, mezcla de carroza y silla de manos, con sus dos ruedas colosales en la trasera y su capota levantada en forma de lomo, parecía un saltón enorme, agazapándose para brincar saliendo por el techo.

El patio era lo más hermoso de la casa. Un patio como no los hay en el mundo más que en Sevilla y en la Habana. A un lado, un bosque de macetas cuajadas de flores; en el centro, una fuente; alrededor de la fuente, tinajones de azulejos con plantas delicadísimas, y en el fondo un soberbio tapiz de plátanos, malangas, orquídeas y palmas de salón.

El de la casa de Lencha tenía suelo de mármol, muebles de nácar, techo formado con recuadradas viguetas de caoba.

Y en aquel salón era donde pasábamos sus contertulios horas deliciosas.

¡Champagne que allí bebimos! ¡Helados de guanábana que allí saboreamos!

Lencha era criolla: el tipo de la camagüeyana pura. Tenía dulzuras de melaza, languideces de pereza... ¿lo diré? concupiscencias de mecedora.

Estaba casada y no había tenido más que un hijo.

Su marido era gallego. Vivía en la Habana desde hacía muchos años. Era un viejo emigrado; el protagonista de la eterna odisea del trabajo, de la honradez y de la constancia.

Mientras vivió su madre, ahorraba para atenderla y cuidarla girándole una letra cada correo; cuando ella murió quiso acumular dinero para volver rico á Galicia; y cuando se casó con Lencha, amarrado ya por este lazo á su pequeña patria adoptiva, no pensó más que en buscar riquezas para enjoyelar á su criolla con diamantes, mecerla en plumas y envolverla en sedas.

Por ella trabajó con fiebre de minero, con afanes de gnomo; y por ella se hizo hacendado y compró montes coronados de palmeras, y elaboró azúcares, tantos que con ellos endulzaría las aguas del mar.

Tenía D. Manuel Lorenzana—que este era el nombre de nuestro héroe—dos cultos en la tierra: uno vivo y ferviente por España; otro arraigado en lo más hondo del corazón por Manolo, su hijo único, el hijo de su alma.

Recreábase mirando los ojos color café de su Lencha y al mismo tiempo vagaba en su pensamiento el recuerdo de las nieblas, de las rías y de los pinares de Galicia. Pensaba en su tierra y entre tanto el corazón gozaba en regalar á su hijo con mimos y con caricias y con amores.

—¡Lástima que estos amores se tengan á la vejez—decía él— cuando ya la vida deja tan poco tiempo para disfrutarlos!

El hijo de D. Manuel era un mocito que ya hacía calaveradas. Los mimos de sus padres habíanle vuelto caprichoso; sus caprichos le hicieron ignorante; su ignorancia, necio, y su necedad, insoportable. Vivía á la moda. Era miembro de todos los *Basse-Ball*, *clubs* y juegos de pelota al uso yankee, que ya por entonces comenzaban á aclimatarse en el Vedado; y cuando no andaba de *match* ó de *Skating-Ring* artificial, constituíase en parásito de la famosa acera del Louvre.

II

Había estallado la primera insurrección. La gente batía el cobre de lo lindo en la manigua, y soldado peninsular que regresaba á España, ó traía una pierna rota ó venía con los pulmones destrozados.

¡Era mucha guerra aquella la de luchar con los mambises, con el sol, con las charcas de agua envenenada, con el vómito, con las tercianas, con los mosquitos, con la sed, con el demonio!...

La patria solicitó el concurso de los voluntarios, y D. Manuel, que era comandante de un batallón, tuvo que dejar el escritorio, abandonar sus negocios, vestir el rayadillo y marchar al campo.

El batallón de voluntarios se fraccionó en guerrillas y comenzó sus operaciones en combinación con otras fuerzas.

Hubo necesidad de levantar fortines para guarnecer una trocha.

Dos paredes de cañas y troncos en líneas paralelas y en forma circular; un relleno de tierra colorada y un tejado de yagnas.

Don Manuel tuvo que ocupar uno de estos fortines.

¡Qué contraste con aquel patio de su casa, esmaltado de flores, enlosado de mármoles, adornado con jaulas de oro, en las que volaban pájaros verdes y azules!...

Mientras él estaba en el fortín á rancho de arroz y tasajo, y mientras pensaba en su Lencha y en su Manolo, Lencha mandaba sacar al patio las mecedoras de rejilla, y bajo las anchas hojas de los plátanos, cuyos frutos destilaban miel, ella y su hijo se sentaban, abandonándose á los blandos sueños de la pereza.

Lencha arrullaba á su hijo con inesperados movimientos de gata nerviosa.

Hablaba con él de la guerra; le parecía todo aquello muy interesante, muy novelesco.

—¡La verdad es que la estrella de cinco puntas es muy bonita!—decía.—Blanca sobre fondo azul. Parece Venus. Y además es el símbolo del genio, ¿verdad?

Es indudable—y perdonenme los americanos—que aquellas plantas tropicales inspiran en

ciertas mujeres unas languideces y unas sensiblerías y unas cursilerías desdichadísimas.

No: no simpatizaba Lencha con la causa insurrecta; ¡Dios la librara, siendo su marido voluntario! pero, ¿Por qué habían de matarse aquellos hombres y por qué los españoles no habían de reconocer que lo de la estrella de cinco puntas era muy bonito?

Un día, el hijo de Lencha pidió dinero á su madre: unos mil pesos que necesitaba para un apurillo.

Mandó ensillar el caballo para ir á dar un paseo con sus amigos... y desapareció.

III

Dentro del fortín, D. Manuel empuñaba su Smith y disparaba por entre las rendijas para rechazar un ataque de los insurrectos.

La noche era oscurísima. Hubo que abrir un boquete en el techo de yaguas para no asfixiarse con el humo de la pólvora.

El agna del botijo se había echado sobre el fuego que ya empezara á iniciarse en el fortín. Los soldados se morían de sed, pero seguían disparando.

Parecían locos empeñados en batirse contra el fantasma de la noche.

Las municiones escaseaban; la defensa tenía que ser heroica. Un nuevo esfuerzo y los insurrectos se declararían en retirada.

Un grupo de éstos intentó acercarse al fortín para prenderle fuego.

Los voluntarios, á su vez, formaron otro grupo é hicieron una descarga cerrada.

Dentro del fortín se oyó un grito horrible. D. Manuel, desasido de sus soldados, acababa de dispararse un tiro sobre la sien.

Al resplandor de un fogonazo, había visto á su hijo entre el grupo de los insurrectos.

LA ORACIÓN EN EL HUERTO

I

Buena andaba aquel día la casa! Aquello era el espíritu de la perdición á puñetazo limpio con el mundo; y el mundo era el que amenazaba con desplomarse sobre la pobre Micaela, como el negro tejado de la casa sobre los viejos muros que lo sostenían.

¿Pero qué mezcla de demonios tendría el pícaro aguardiente con que se emborrachaba su marido?

¡Ah! era la vagancia, eran las visiones tentadoras del vicio que bailaban como endriagos delante de Juan, incitándole á beber, y que se burlaban de él á mueca tendida si no las acompañaba á la taberna; era aquella charca infame donde él y sus amigotes tenían que meterse, como los sapos, para no morir.

Y de allí salía Juan todas las noches á tumbos con las paredes para no caerse en medio de la calle; y entraba luego en su casa á *lapos* con su mujer, para no perder la costumbre.

Y ella, que tenía grietas en los pies por los azotes del frío, y dura corteza en las manos por los del trabajo, y heridas en el corazón por los del sufrimiento, aguantaba los golpes y sufría las bajezas y escuchaba los insultos, callando con humilde resignación, mientras calentaba al débil fuego de un par de astillas el miserable caldo de la cena que sus esfuerzos del día habían ganado.

Sin duda alguna rondaran malos espectros las nupcias de Micaela y Juan, y fueran sus espectros la miseria y el aguardiente. Con la miseria había que conformarse; ya había aprendido Micaela que si era un triste patrimonio del mundo, podría, en cambio, llegar á ser

sagrada promesa de los cielos; pero con el aguardiente...

Aquella noche se había desatado la tremenda en el cuarto del mal avenido matrimonio; y allí donde no había madrugada sin *belén* ni noche sin *tiberio*, el escándalo de la casa podía señalar en sus negros anales una nueva borrasca.

Decididamente se hundiría entonces aquel firmamento de tejas rotas que les servía de cobertera.

La vida con estas borrascas del diablo era una barbaridad. Aquel hombre acabaría por matar de un puñetazo á su mujer, aunque después, en el frío de la cárcel y de la razón natural, arrancase lágrimas á lo más hondo del corazón para llorarla.

Llegó un momento en que no pudo resistir más, é intentó rebelarse. Irguió juntas todas sus energías de mujer lastimada; lanzó un rugido; se apartó de su rincón dispuesta á protestar devolviendo golpe por golpe, insulto por insulto; dejó brillar en sus ojos un relámpago de fuego y se fué hacia Juan con los puños crispados.

—¡Anda, hijo del pecado y de la maldición —le dijo;—ladrón, asesino de mi vida... quita... que ya tienes abrasadas las entrañas por el vi-

nazo maldito, y turbada la frente por las negru-
ras de la maldad, y quemado un lado del alma
por el infierno, como los condenados!...

Pero no le fué posible seguir; las últimas
palabras habían salido entre ahogos de su oprimida garganta; su impotencia contra el monstruo, su acostumbrada humildad se resistían á la violencia; y una ronca amenaza del hombre hízola caer otra vez en su rincón, envuelta la desgredñada cabeza entre las manos, sollozando como un niño, con el hipo y la congoja inenarrables del dolor.

II

Eran los dias tristes de la semana de Pasión y el siguiente de nuestra noche memorable. ¿Memorable? ¿Quién la recordaba ya, si una nueva zambra se había repetido con el amanecer?

Llegó la tarde, y llegó con ella la desdicha, haciendo que á la puerta de la taberna se encontrasen Micaela y Juan.

¡Quién sabe lo que allí pasó! Es lo cierto que Micaela echó á correr por las calles, loca de angustia, cubierta de vergüenza, creyendo que cuantos la miraban leían en su cara el estigma horrible de su desgracia y de su desesperación.

Una plaza estaba desierta, y entró en ella, suspendiendo la mirada en una cruz que remataba el pórtico de una iglesia, y el oído en una fuente que hacía brotar agua en el centro de la plaza.

El rumor de aquella fuente, otras veces tan charlatana y bulliciosa, alegre como una mañana de Mayo y siempre sonando á trino de cascabels y panderas, parecía entonces la queja doliente y honda de un desterrado.

De los caños de bronce saltaba el agua á borbotones, rota y desflecada la graciosa curva por los azotes del aire. Y del ancho pilón, de fauces profundas y de sed eterna, brotaba, como el aliento de una plegaria, un cántico de suprema tristeza que movía á la piedad y la misericordia.

Aquella tarde no tenía la fuente el animado

festón de pajarillos con que se adornaba en la primavera; ni reían las diminutas ondas del agua; ni en su palpitadora superficie jugaba la luz con el brillo irisado de los días alegres.

El agua era fe, y su canción melancólica y triste rezaba sin cesar, con la monotonía de una obsesión ciega, especie de éxtasis del fervor que repite y repite sin término las palabras de amor y dulzura de una misma oración.

Atravesó Micaela la plaza, subió los escalones del pórtico y penetró en el templo.

También ella quería ser fuente de oración, allí donde nadie pudiera burlarse de sus penas, ni le ofreciese otra cosa que dulcísimo consuelo de esperanza.

¡Y en aquella casa de Dios sí que había paz, paz bendita, la que ella en sus pensamientos de cristiana había soñado siempre para su pobre hogar!

Las naves de la iglesia, como la plaza, estaban desiertas de gente. Flotaba en los aires olor á incienso, olor á bienestar no percibido nunca por los sentidos de Micaela; y en aquel huerto de columnas que el genio de la arquitectura románica había coronado de capiteles divinos y en el que el arte había hecho las más ricas combina-

ciones, mezclando, como en la Naturaleza, el acanto con la vid, las hojas de cardo con las de olivo, el alma se rendía, y hasta ella llegaban, en misteriosos efluvios, bálsamos de amor y ecos de música celeste y sagrados aromas de montaña...

Entró Micaela en una capilla y se arrodilló ante un altar cuya imagen envolvía un paño morado.

Allí rezó sin cansancio, con fervor, con beatitud extática, con el alma entera. Ah, ¡si ella pudiera con la oración redimir de sus pecados al pobre Juan! Pero eran pecados tremendos, y ella ignoraba como el verbo de la palabra puede llegar á Dios. En su ignorancia, ni siquiera sabía que para ello gozaba del más rico don, el don de la fe sencilla y santa, que eleva hasta los cielos y envuelve en aureolas de purísima luz el pensamiento de los verdaderos creyentes...

Un sacristán atravesó las naves, cruzó por su lado sin fijarse en ella, y fué á cerrar con estrépito, sin que la abstracción de la penitente lo notase, las puertas del templo.

Despertó Micaela de su sopor místico y se encontró sola, en medio de la noche, encerrada, como en un cementerio, entre los arcos augustos de la negra basílica, descansando con su cuerpo,



con sus rodillas, sobre piedras tumularias; posado sobre su frente el fantasma de la noche, y sintiendo sobre sus huesos las pesadas alas del frío y de la muerte.

No pudo gritar, porque el terror anudaba las voces en su garganta: hubiera querido morir, suplicó, lloró mucho; poco á poco, entre sollozos, pudieron sus labios ir pronunciando las primeras palabras del Padre nuestro.

Y cuando el alba dejó filtrar sus tintas de luz muy pálida á través del calado rosetón del pórtico bizantino, entre los rayos del sol de la mañana, vió Micaela aparecer un ángel muy hermoso que bajaba hasta ella y le ofrecía un cáliz diciéndole:

-- ¡Bebe; es vino de amargura, es vino de resignación, que ayuda á sufrir las penas de esta vida para conquistar con la palma del martirio las glorias infinitas de la otra!

ESPAÑA
Y
LA LEYENDA DE DANDOLO

PARODIA

Era una tarde de otoño....

Una mujer subía pausadamente por el sendero pedregoso que conduce á la cima del Monte Sacro.

Llevaba por túnica un guiñapo de tela roja y amarilla; tenía el cabello enmarañado, los ojos hundidos, los pies manchados de sangre.

Con visible cansancio, que se reflejaba en la palidez de sus facciones, llegó á la cumbre del monte. Allí ya no había tojales ni espinos; la meseta se hallaba tapizada de fino musgo, y en el centro de ella se alzaba el magestuoso monasterio, con sus inmensos paredones de piedra salpicados de grama y coronados de ortigas.

La desconocida llamó á la puerta del monasterio y pidió hospitalidad á los religiosos que salieron á abrirle.

«Sentóse á la pobre mesa de los benedictinos, con más paz y más ventura que en otros tiempos á la mesa de los príncipes», y concluido que hubo de cenar vió que la luz de la luna inundaba con sus ténues reflejos el hueco de las ventanas del convento.

Acercósele en esto un monje muy anciano, que le dijo:

---Mira que hermoso panorama se contempla desde aquí. Aquel de allá abajo es el valle de los olivares, que coge toda Andalucía. Por entre ellos se levantan las ruinas de Itálica envueltas en una aureola de viva claridad. La sangre de los mártires de la patria ha purificada esas ruinas profanas. Más allá está la colina del sol, esmaltada de flores y de frutas. Aquí, algo más

arriba, el país de los héroes, en lo alto de cuyas cordilleras se venera una Virgen sobre un pilar. Sigue con la vista hacia el centro y verás la extensión del pan, la patria del manco sublime, el templo de la beatífica Teresa. Y más cerca de nosotros la tierra encantada de Galicia, donde el cielo, eternamente cubierto de nieblas, inspira dulces melancolías. Pero fijate bien y observa que por doquiera brotan cipreses: los árboles sagrados de la oración por la vida eterna. Todo esto que ves es un pueblo sembrado de tumbas, en las que descansan los que sacrificaron su vida por la patria.

Las últimas palabras del monje produjeron honda emoción en el alma de la desconocida.

—¿Quién sabe? dijo el anciano; acaso eres también una mártir á quien la guerra arrancó de sus brazos al hijo, al esposo ó al hermano.

—¡Ay de mí! repuso ella; no soy más que una pobre loca. Mi solo nombre es mi primer poema de desventuras y de dolor.

—¿Tanto has sufrido?

—Mucho, padre: fuí altiva, y me humillaron; fuí rica y me redujeron á la miseria; fié en la amistad, y me vendieron. Príncipes, reyes, poderosos, todos se inclinaban ante mí. ¡Pobre víctima

de la grandeza! ¡Cuántos dolores me reservaba el destino!

«Paseábame yo por un mundo de esperanzas y quimeras, como un emperador por sus alcázares de oro.»

Y era dueña de inmensas riquezas, que miraban codiciosamente los potentados de toda la tierra.

Pero una tarde... una tarde de esas en que el sol se oculta encendiendo una hoguera en el horizonte, y en que los rayos de la luz brillan como espadas, rugió en mi corazón una tempestad, y de mi mente brotó la chispa de mi propia sentencia.

Alguien había intentado disputar lo que era el objeto de mis amores y desafié su atrevimiento.

—«Bajaste, hija mía, interrumpió el padre, de las regiones de tu fantasía, á las esferas de una realidad obscura y menguada; cortaste las alas al ángel de tus ensueños: que buscar paz y ventura en los amores de la tierra, es pedir flores al desierto, ó querer caminar á pie enjuto sobre la superficie de los mares. Los palacios ideales que fabrica la vanidad de los hombres,

¿qué han de ser sino polvo más menudo aun y más volátil que la ceniza de las tumbas?»

—¿Cómo adivinásteis eso, padre?

—No adivino: leo en el tiempo, por que soy también una ruina como la de esos palacios, levantados en hora mala por tu fantasía.

—Pasé años y años, — continuó la desconocida, — padeciendo bajo el triste cautiverio de la tiranía, del fanatismo, de las injusticias de los hombres.

Tornóse para mí el infortunio en felicidad y tuve entonces por hijo á un mundo cuyas riquezas bastaron para sembrar el oro por toda la tierra: pero este hijo, á quien cuidé con amor de madre, á quien eduqué con ciencia de sabio y á quien dirigí con espíritu de redención, hizome sufrir mayores tormentos que aquellos que mostró Virgilio al gran florentino, el amante de Beatriz. Por mi hijo fuí arrojada de casa, y á las calumnias y á las envidias de los egoistas y de los perversos debo la pérdida de su amor. ¿Qué queda ahora á esta infeliz mujer que no sea la pobreza y el hambre?

—¿Sois por ventura—dijo entonces el anciano —la hija infortunada del gran Felipe, aquella cuyos recientes infortunios he leído en églogas y romances?

—«Bien haya la caridad que no sabe en quien se emplea», respondió la mujer.

Y el anciano benedictino, asombrado de tener ante sus ojos en aquel estado á la misma que un tiempo había sido soberana y señora de la tierra, exclamó:

—Ten esperanza, que para tí ha de llegar la hora de la rehabilitación.

Inclínate ante el Destino y ya verás como él te dirá las palabras de Clemente VIII á Torcuato Tasso:

«Te he destinado la corona de laurel para que en tí se vea honrada la que sirvió para honrar á otros».

.

.

En un rincón del refectorio un lego escuchaba atentamente esta conversación.

Era el hermano Robustiano.

Estaba arrellanado en un ancho sillón de cuero, con las manos cruzadas sobre el abultado vientre y los codos descansando en los brazos del sillón.

El lego Robustiano era la más acabada personificación del buen sentido, ó más bien del sentido práctico.

Cuando oyó las últimas palabras del monje anciano, se acomodó mejor en su sillón y sonriendo tristemente, dijo:

—¡Ah! lirismos, lirismos, palabrerías falsas, exaltaciones ridículas del pensamiento, ¡cuánta culpa teneis de todo lo que sucede!



LA NOVIA DEL SOL

Lo soñé, me lo contaron, lo inventé yo mismo? Confieso que no lo recuerdo.

Esta maldita fragilidad de mi memoria sólo permite que asome á mis recuerdos el hecho, porque el hecho en sí y no su verdadero origen es lo único que produjo impresión en mi ánimo.

Que mi memoria os lo cuente tal como allá, en lo íntimo de sus celdillas lo retiene... y ustedes se las entiendan con ella.

Allá en Valencia, en aquel país levantino, donde el Sol esmalta la tierra con las pepitas de

oro de los naranjos y con el rosa-perla aterciopeado de los jazmines, vivía Clara, la hija única de los duques de Marhermoso.

Era esta niña—entonces en sazón de belleza, y á la sazón de quince floridos años—una encantadora criatura, cuyo rostro parecía un jazmín de la tierra orlado por bucles de oro naranja.

Deslumbraba á cuantos la veían, su belleza radiante y original.

Era rubia y tenía negrísimos los ojos; era delicada, y de su seno fluía el ardiente perfume de la flor del fuego; se la miraba con superstición, como si fuese alguna aparecida de las leyendas del Irán, como si en ella hubiese algo de misterioso, algo de poéticamente desconocido ó sobrenatural.

Vivía á inmediaciones de la ciudad, en un palacio, si no encantado—porque ya han desaparecido del mundo esos lugares de encantamiento—por lo menos maravilloso, ya que en él se encerraban todas las maravillas de la opulencia, divinizadas á porfía por las fantásticas invenciones de la naturaleza y del arte.

Clarita—que así, en diminutivo, la llamaban todos — era la soberana absoluta de aquel palacio.

Para ella, los jardines cubiertos de narcisos blancos y de claveles orientales; para ella, los dorados ajimeces y los miradores alicatados, bajo cuyas cornisas hacen nido las golondrinas; para ella, las lisonjas de los adoradores; para ella, el purísimo azul cobalto del cielo levantino.

Rica, joven, noble y dotada de tan extraordinaria hermosura, era Clarita imán de miradas, musa inspiradora de canciones, santito de retablo ante cuyos altares se postraban de hinojos poetas que la llamaban diosa, pintores que la veían ángel, ambiciosos á quienes fascinaba tanto el oro de sus rizos como el de su dinero.

Adormecíase el oído de Clarita con la dulce música de las merecidas lisonjas—que no hay en el mundo armonía que se le compare—y gozosa y embebida escuchaba el unas veces apasionado y otras cadencioso run-run de las palabritas de miel que todos le dirigían.

Pero como Clarita no era santa—faltándole sólo el milagro de serlo para dar en perfecta—fué poco á poco dejándose embriagar por el perfumado incienso de la adulación, sin advertir que, en medio de tales halagos, comenzaba á sorberle el seso el pícaro diablillo de la vanidad.

Libraríase de tan peligrosa tentación quien

tuviese la fortaleza de un roble druídico. Clarita era sólo un lirio de invernadero.

Comenzaba la linda duquesita á sentir allá dentro de su alma, esos aletacillos de mariposa con que la adolescencia hace su aparición en la vida de una mujer; y esos aletazos eran signos de un avivador deseo de amar, que ella, en sus sueños de niña, no sabía como explicarse.

¡Amar! pero ¿á quién? ¿Acaso la merecían todos aquellos que revoloteaban á su alrededor?

Gustábanle los artistas por lo que tiene de divino hechizo el glorioso laurel que ciñen á sus sienes; pero vistos de cerca ¡eran tan prosaicos, vestían de una manera tan vulgar!...

Un noble, de ilustre abolengo, con escudo de lobos y de águilas *sable* sobre campo *azur*, solicitaba su mano; ¡pero qué hombre aquel! era la viva imagen de su escudo; por fuera púrpura y azul y oro y esmeraldas; por dentro, nada.

Pretendíanla también un alto militar, un diputado, un banquero... ¡horror! Ella no transigía con el nauseabundo olor de las correas, ni con las cosas menudas de la política, ni con la repugnante prosa de los negocios y del dinero.

Un príncipe... ¿llegaría á pretenderla un príncipe? ¡Quién sabe! pero acaso sería feo, de inteli-

gencia limitada, poco interesante, poco poético. ¡Hay que ver á los príncipes de la tierra en el interior de sus cámaras!

La vanidad de Clarita le hacía aspirar á más. El rey de un mundo le parecía poco. Para ella sólo el rey de una constelación.

Abismada en estos pensamientos, solía bajar Clarita á sus jardines cuando el sol del amanecer irisaba el rocío de las flores convirtiéndolo en lluvia de diamantes.

Nenúfares y rosas se inclinaban á su paso rindiéndole homenaje. Desde allí, entre las rosadas nubes de la aurora se imaginaba ver á la divina figura de Apolo, fulgurante de belleza, encendido de amor por ella, rodeada su frente de una aureola de pedrería.

El opulento Sol, rey del Universo, era el novio con que Clarita había soñado: un novio con entrañas de fuego como las divinidades del viejo Oriente, con áurea diadema que esmaltaban rayos de luz; apasionado, varonil, inmenso.

El amor es fuego,—decía Clarita;—luego el sol es amor.

Decididamente, la bella duquesita de Marhermoso había nacido para ser la esposa de un dios.

Germinó en ella el amor, y lo que en un principio era solo lijera exaltación de su mente, fué más tarde firme y honda obsesión.

Comenzó á debilitarse poco á poco aquel flaco cerebro y la infeliz enamorada del Sol concluyó por volverse loca.

Para el Sol todos sus pensamientos, sus delicadezas, sus regalos, sus coqueterías.

Asomábase al afligranado mirador de su palacio, del que pendían guirdaldas de jacintos, sólo para que el Sol le enviara sus abrasados besos.

Ella ofrecía al Sol su amor y su pureza; él la regalaba dando color á las rosas, luz á la creación, vida á los pájaros cantores. ¡Solemne y nunca visto idilio!

La noche, con sus horribles sombras, era triste para la pobre Clara. Se resignaba á verla y á sufrirla sólo por saber que la noche era el sueño del Sol.

Cuando anochecía, ¡qué tristeza tan grande! cuando asomaba la aurora, ¡qué inmensa, qué inefable felicidad!

Dábanle también tristeza las nieblas, las brumas, las pardas nubes del mortal invierno, pero á través de ellas adivinaba la presencia de su sol amante, de su adorable prometido.

Citábanse para contemplarse mutuamente durante todas las horas del día, y el sol, fiel á sus ardientes amores, nunca faltó á la cita.

Mas sucedió que una vez, á la hora en que el Sol aparece más radiante y el cielo más azul, densas sombras comenzaron á invadir el espacio.

El soplo de un gigante apagaba de pronto la esplendorosa luz del medio día. Sin hipérbole: la Luna se interponía entre la Tierra y el Sol.

Clara no sabía lo que era un eclipse. Perturbada su razón, la oscuridad del Cielo le pareció un abismo de la Tierra.

Un eclipse era para ella la muerte de su Sol. Su sol había muerto.

Presa de un fuerte ataque cerebral, la pobre loca fué conducida al lecho.

Cuantos se interesaban por ella, todos fueron á cuidarla, todos á prodigarle las más solícitas atenciones. La ciencia disputó victoriosamente para la vida aquel cuerpecillo de nardos y claveles.

Cuando al cabo de dos meses de fiebre pudo levantarse, había recobrado la razón.

HISTORIA VULGAR

Yo he visto allá en las soledades del Océano, barcos gigantes, cargados de carne humana que los marineros iban arrojando poco á poco á las olas; hospitales locos que se echaban á nadar, sobre las tormentas con una carga de moribundos; ¡spoliárium flotantes de las islas ardientes de la guerra!

Yo he visto buques de acero, con pulmones de titán, ir marchando por encima de las olas como fantasmas condenados por el destino á una odisea de dolor.

Y en esos barcos ví hombres de color de tierra amarilla, de torso esqueletado, de mirada de

cueva, agonizantes, atados á la vida por el hilo de araña de lo incurable.

Eran momias que aun movían los ojos dentro de sus órbitas, seres humanos que ya no hablaban, mártires que sufrían resignados una tremenda condenación.

Eran soldados, vidas pequeñas, frutos podridos fuera del árbol de la Patria.

Y recordaba yo las figuras dantescas del admirable pórtico de Mateo, y me parecían mil veces menos horribles que aquellas otras que tenía ante mis ojos, en medio del mar, hacinadas y revueltas, como despojos, en la proa del coloso de acero. Allí la vida tenía emanaciones de muerte; la estela de espumas que levantaba la hélice, iba perdiéndose en los senos del mar como los alientos de una última esperanza.

Aquel hosario de soldados exánimes, estremecidos de fiebre ó de frío, acurrucados en las tarimas de la cubierta, me parecía la imagen viva del gladiador vencido, tiñendo con la sangre de sus heridas la arena del Coliseo. Las olas, levantándose en montes de cristal, eran las vestales del paganismo que doblaban, irritadas, el dedo en señal de muerte, porque oían proferir al moribundo un acento de piedad ó misericordia.

¿Pero qué importaban ya á aquellos hombres las furias del mar? Convirtiéranse por encanto las ondas en lagos de leche, y ellos las hubiesen mirado con el mismo mirar de indiferencia y abatimiento. Eran existencias abandonadas á sus dolores, que buscaban la redención en el morir, como los cristianos de las catacumbas.

De noche, los que habían recibido el golpe de gracia, eran lanzados á las aguas.

Y una noche quiso uno de los espectros vivos presenciar á hurtadillas como eran arrojados al mar los espectros muertos. Abandonó su camastro de lona, subió poco menos que arrastrándose por la escalerilla de proa y se acurrucó en un rincón de cubierta, esperando que llegase la triste comitiva.

Aquel día no habian muerto más que cinco enfermos y la ceremonia terminó en seguida.

El buque parecía amputárselos á sí mismo como miembros roídos por incurable gangrena, y los cadáveres caían sobre las ondas sin hacer ruido, sorbidos con sorbo de hambre por el enorme abismo, que al recibirlos murmuraba oraciones solemnes...

Y la noche solitaria, sin luna, madre dolien-

te de los muertos, gemía en sus sombras angustas, con los gemidos pavorosos del mar.

—Siento frío: ¿es que todavía tengo calor? —decía el espectro vivo.—Felices ellos que ya no lo sienten. Ya no ansío llegar á puerto porque presiento que allí sólo me espera el abrazo del sepulturero, la boca oscura de la tierra, la paletada de arena cayendo sobre mis huesos helados...

¡Ah! ¿Quién duda que el mar es una hermosa tumba? Aquí no se deshace la materia con las roeduras de millones de menudísimos gusanos; aquí no pesa la tierra encima de la carne fría; el cadáver flota, abre los brazos con el impulso de las ondas; la resaca del mar, al moverlo, parece que le imprime nueva vida; brilla de noche, con blancura de nácar entre las algas verdes; siente las caricias del agua sagrada, pura, regeneradora, inmensa!

El cadáver es devorado por mónstruos de plata movediza, y á una evolución natural de la materia se convierte en carne fosforescente, brillante, viva, alada como las aves, soberana indisputable del Océano....

A los delirios del infeliz espectro sucedió la calma adormecedora de los suaves recuerdos.

La *casina* amorosa, la lumbre del hogar, el *a-la-laa* interminable y candencioso de los dulces anocheceres, las horas azules—porque él también había tenido horas rojas allá en los incendios de la guerra y horas amarillas allá en la camilla del hospital, —la iglesia del monte, con su campanita alegre y su torre que parecía el remate de una grillera.... ¡oh qué triste, Dios mío, no verlos otra vez!...

Sus miembros se doblaron más; se agarrotaron; intentó levantarse para volver á su camastro; ya no funcionaban las articulaciones, ¡peste con el frío!

Y vino una montaña, un enorme lengüetazo de agua que lo hizo rodar como un fardo por el entarimado de cubierta.

El buque llegó á puerto en un hermoso día de sol. La luz danzaba una divina *marequiere* sobre la superficie de las rizadas ondas; las gaviotas, volando en inmensa bandada alrededor de los palos, formaban sobre el buque una blanquísima corona de alas.

Aquella mujer en quien estaba compendiado el poema de los suaves recuerdos, aquella por quien el héroe soñaba con la *casina* amorosa

con la lumbre del hogar, con las horas azules, con el *a-la-laa*, con la blanca iglesita del monte, la madre, en fin, llegó radiante de inquieta esperanza, al costado del buque.

Buscó á su hijo con anhelosa mirada, preguntó por él, y con tono indiferente le dijeron que una noche, allá lejos, se lo había llevado de cubierta un lengüetazo del mar.

Sobrecogida y muda quedó la pobre vieja al saber tan tremenda noticia. Cuando el dolor le permitió darse cuenta del sitio en que se hallaba pudo clavar la vista en otra madre, más feliz que ella, cuyo hijo, tendido en la camilla de la ambulancia, había llegado á puerto con vida suficiente para revolver entre sus párpados una última mirada y con aliento bastante para dirigirle una palabra de despedida: «¡a... dios!»

Y he aquí la vulgar y triste historia del pobre repatriado, mil y mil veces repetida en la alta cubierta de aquellos colosos de acero, *spoliárium*s flotantes de las islas ardientes de la guerra....

EL BUSTO INEIEL

I

En un rincón del estudio había un cofre griego sobre cuya tapa, enriquecida con incrustaciones de oro y marfil, descansaba el busto de mármol de Apolo.

Veíanse en el cofre escenas mitológicas semejantes á las que tienen los vasos corintios. El oloroso cedro de la caja parecía dar vida á aquellas cuádrigas aladas cuyas riendas empuñaba un dios, á aquellos hombres vestidos á la

usanza frigia que luchaban con grifos y pante-
ras, á aquellas vírgenes de blancas túnicas
cuya belleza sirvió para inspirar á los artistas
griegos la creación de la columna helénica.

Mirando para el cofre y para el busto, nadie
podría sustraerse á la solemne evocación del
genio de Fidias.

En el otro rincón, sobre un pedestal de ala-
bastro al que servían de adorno cabezas de fauno,
meandros y fitarias, se erguía otro busto de
mármol: el de Venus.

Ambos tenían en su actitud, en sus líneas, en
su expresión la olímpica y magestuosa belleza
de las esculturas clásicas.

II

Carlos Aguirre, mi compañero de estudio, me
llamó un día á su lado y me dijo:

—Tengo que hacerte partícipe de un secreto.
Conoces todas mis intimidades, mis pensamien-

tos, mi historia, los actos más insignificantes de mi vida; nada te he ocultado desde que nos conocemos; fuiste algunas veces mi consejero, muchas mi guía, siempre mi confidente y no está bien que hoy oculte á mi mejor amigo el sentimiento que más hondas raíces ha echado en mi corazón.

Y poniendo la mano sobre el pecho con la misma solemnidad con que la hubiera extendido sobre las hojas de un Evangelio, exclamó:

— ¡Estoy enamorado!

— ¿Tú?

— Si. ¿Ves aquel busto de Venus? Pues esa es mi amante.

— ¿Estás loco?

— Escúchame. Tiene la dureza del mármol pero no importa; al contrario, eso hace que su belleza sea eterna. ¡Una belleza incorruptible, que jamás se marchita! Me amaré y su amor tendrá la misma consistencia de su materia, no la miserable fragilidad y blandura de nuestra carne. Me será fiel, eternamente fiel; ¿en qué mujer de esas que vosotros amais podrás hallar la serena fidelidad de una estatua?

Me reí de su extravagancia, le argüí, sostuvimos una discusión muy viva, casi llegamos á

incomodarnos. Fué imposible convencerle. Contagiado con su locura llegué á creer que en efecto se hallaba realmente enamorado del busto.

III

Hacía un calor de todos los diablos. El sol, dando de plano sobre los cristales de la claraboya, y la estufa, encendida para que la modelo no sintiese frío, habían convertido el estudio en un horno.

La luz de la tarde se iba acabando por instantes; la modelo se vestía para marchar; Carlos se había tendido en un diván y yo daba algunos rezagados toques á mi lienzo.

Quedamos en silencio algunos minutos.

Miré para Carlos y noté que se hallaba extremadamente pálido. De pronto se incorporó, y con espantado gesto, que me produjo inquietud, detuvo su vista en la cabeza de Venus.

Estaba febril, nervioso, temblaba como si en él tocara el hilo de una descarga eléctrica.

—¿Qué te pasa? le pregunté acercándome á él.

—Mira,— me dijo señalando el busto.

No era ilusión de nuestros sentidos. Los apagados ojos, sin retina, de Venus, medio velados por la densa sombra que comenzaba á invadir el estudio, envolvían en una *mirada* de amoroso deliquio al busto de Apolo.

La cabeza de mármol, de la que Carlos se había prometido eterna fidelidad, tenía la misma inconstancia de los bustos de carne.

—¡También éstas!— exclamó con profundo desaliento mi amigo.

—¡También!— le respondí yo.



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Dedicatoria	5
Apeles.	7
La lotería del diablo.	13
Entre luces	19
El sargento Morla	23
El hada del convento	31
En el fortín	35
La oración en el huerto.	43
España y la leyenda de Dandolo	51
La novia del sol.	59
Historia vulgar	67
El busto infiel	73



BIBLIOTECA DE AUTORES GALLEGOS

VOLÚMENES PUBLICADOS

I.—MIS IDEALES, poesías, por D. Luís Rodríguez Seoane.

II.—ENTRE LUCES, cuentos, por D. Urbano González Varela.

EN PRENSA

VERSOS ÍNTIMOS, por D. José Santaló Rodríguez.

EN PREPARACIÓN

Obras de los señores Barcia Caballero, Murguía, Ribalta, Brañas y otros.

Precio de cada volumen: 0,50 pesetas



